

De nada vale el extraordinario esfuerzo que realiza nuestro país para mejorar la calidad de vida de la población, labor que se desarrolla en medio de fuertes limitaciones financieras y de recursos, si entre todos no contribuimos a preservar lo que con tanto esfuerzo se pone en manos del pueblo.

Así ha ocurrido, por ejemplo, con los sistemas de abasto de agua que funcionan mediante paneles fotovoltaicos, los cuales han sido ubicados en cientos de comunidades aisladas de la nación y que ya benefician a miles de personas que no recibían el preciado líquido o se servían solo a base de pipas.

En varias provincias del país se han reportado hechos delictivos contra esa tecnología, los cuales han sido protagonizados por personas inescrupulosas que roban las instalaciones eléctricas y hasta los paneles solares con tal de obtener ciertas ganancias económicas, sin detenerse a pensar en el daño que causa a los moradores de esos sitios.

Aunque han sido solo dos los sucesos ocurridos contra estas instalaciones, Villa Clara no ha estado exenta de estos actos delictivos, perpetrados por depredadores que atentaron contra uno de los programas más nobles y necesarios que lleva adelante la dirección del país como parte del programa de cambio de matriz energética.

De acuerdo con las indagaciones de directivos y funcionarios de las entidades de Acueducto y Alcantarillado de la provincia, la tasa de hechos contra el equipamiento



de las instalaciones fotovoltaicas de bombeo ha ido en avance en varios territorios de la nación, lo que debe servir de experiencia para redoblar la vigilancia y la integración de todos los que pueden apoyar para evitar tales fenómenos.

Vale recordar que la situación del abasto de agua ha sido uno de los temas más complejos que ha debido sortear la población villaclareña en los últimos años, de ahí que sea imposible entender cómo, una vez montados los equipos en la comunidad, esta no sea recíproca en la protección de esos bienes que tanto los beneficia.

No se trata de ver la paja en el ojo ajeno o de culparnos los unos a los otros ante la ocurrencia de hechos tan nocivos, sino de unir todas las fuerzas que coinciden en cada localidad, donde existen organizaciones políticas y de masas, delegados del Poder Popular, fuerzas del orden y todas las posi-

bilidades para proteger esos equipos que tanto han costado al país.

La experiencia del poblado de Vega Alta, en Camajuaní, Villa Clara, demuestra que cuando la comunidad se une y participa de manera conjunta, aparecen las soluciones. Allí, el presidente del consejo popular, Fidel Fernández Meneses, se ocupó personalmente de seleccionar como custodio del sistema de bombeo a una persona de extrema confianza, la cual ha garantizado la seguridad del lugar sin contratiempo alguno.

También cabe destacar que las empresas encargadas de concretar esos proyectos tienen el mayor protagonismo a la hora de seleccionar el lugar más indicado para su ubicación y los medios de protección de esos equipos, además de la obligación de no desentenderse de esos sistemas una vez colocados, como ha ocurrido en algunas zonas.

## Cuidar lo que es de todos



Por Freddy Perez Cabrera  
(freddy@vanguardia.cu)  
Ilustración: Martirena

Si entre todos cuidamos esos recursos, no hay fuerza que pueda frustrar la alegría y el bienestar que han causado en los vecinos de El Rubí, intrincado paraje perteneciente al municipio de Ranchuelo, donde se favorecen poco más de 200 personas; o de quienes viven en el reparto Base Aérea, en Santa Clara, o los residentes en comunidades como Jibacoa y Potrero Güinía, en Manicaragua, entre otros poblados que conocen las ventajas de esta tecnología.

Para tener una idea de la mejoría que supone poder contar con esas instalaciones, basta decir que solo en Villa Clara ya se han establecido 23 emplazamientos de ese tipo—de los 63 previstos—, con los cuales se han beneficiado 14 092 personas.

Entonces, ¿cómo permitir que un puñado de malhechores frustrare ese regocijo? Para que eso no ocurra, la vigilancia de las autoridades encargadas de mantener el orden en esas demarcaciones no es suficiente. Se impone, asimismo, el actuar de la población, que

también tiene responsabilidad en la preservación de los bienes que la dirección del Estado cubano pone a su disposición para mejorar su calidad de vida.

De lo contrario, de qué vale que se hayan invertido millones de dólares en el cambio de matriz energética para el bombeo de agua, programa que incluye la instalación de 1312 equipos hasta 2025 en todo el país, con una potencia de 10 kilowatts. Ello genera grandes ventajas, como el potencial ahorro de 17 gigawatts anuales, traducidos en 10 000 toneladas de diésel, y entre 42 y 46 millones de pesos, cuando finalice dicho programa.

No cuidar esos bienes, o permitir que sean hurtados por individuos sin escrúpulos, sería, como solemos decir los cubanos, echar dinero en saco roto, un lujo que no puede darse este país, si tenemos en cuenta que esos equipos fueron adquiridos en medio de las complejas y adversas condiciones en las que se desenvuelven la economía y la sociedad cubana en la actualidad.

Ser adolescente es difícil. Enfrentarnos al reto de crecer, física y emocionalmente, supone, sin duda, una aventura que eclosiona cada célula del cuerpo en transición. Fusiónarse en el grupo, los gustos, las tendencias y los requerimientos de la edad sincronizan la novedad con la experiencia y el aprendizaje.

Al desafío de ser adultos sin dejar de ser niños, se suman los contrastes del componente social que rodean al púber. Dentro del cambio físico, la voluptuosidad establece los niveles de aceptación. Mientras, la inteligencia y el saber definen el concepto de «chicos raros» o supuestos fenómenos que no cuentan con el consentimiento popular.

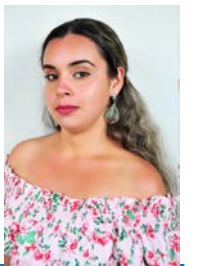
Los vicios suelen llegar de la mano de amigos inexpertos y permisos para salir. El criterio de los padres nos parece un tanto estricto, pero olvidamos que «más sabe el diablo por viejo que por diablo». En la apertura del diapasón, las decisiones y la educación entran al juego. La inmadurez pasa factura, y el camino varía entre las decisiones positivas y negativas.

¿Será que en la fiesta de las hormonas la niebla obstruye el trayecto al raciocinio? ¿En qué momento tomamos nuestras propias determinaciones? ¿Cómo saber si es, o no, el camino correcto?

Entre los 11 y los 19 años de edad coinciden las etapas más importantes del ser humano. Con la toma de decisiones planteamos un camino a seguir en la vida profesional, familiar y privada. La acogida de oportunidades incide en el resto de nuestra existencia; aunque, en el angosto mar de los síes y los noes, los desafíos sociales suelen imponernos barreras.

Según el artículo publicado en la revista *Ciencia Cognitiva* por los investigadores cubanos Yunier Broche Pérez y Denisse Cruz López, las dificultades de los adolescentes para tomar decisiones adecuadas no radican exactamente en su inmadurez cognitiva, sino en el desequilibrio entre el procesamiento emocional y racional de las situaciones, siendo la interacción entre sistemas neurales diversa en cuanto a los grados de desarrollo.

## En busca de la identidad y la independencia



Por Niurys Castillo Hernández  
(niurys@vanguardia.cu)  
Ilustración: Martirena

Esta etapa de cambios cubre un conjunto de elementos que inciden en dichas encrucijadas: escasa experiencia, implicaciones a largo plazo y un mayor peso en el componente motivacional. Durante este período inician los conflictos con personas significativas (padres y amigos), y la opinión del grupo o las críticas de terceros imponen su prioridad.

En el vínculo emocional, Hilda Gambara y Elena González, catedráticas de la Universidad Autónoma de Madrid, afirman que las decisiones más frecuentes toman la amistad y las conductas de riesgo como eje prioritario. Durante su análisis sobre las primeras decisiones, ambas investigadoras coinciden en que los enfrentamientos más difíciles tienen que ver, precisamente, con las áreas de la amistad, la familia, la salud, los planes profesionales y los estudios.

Por ejemplo, la perspectiva cognitiva propuesta por los psicólogos Jean Piaget

y Barbel Inhelder en el modelo de sistema dual del pensamiento establece que los comportamientos se definen, fundamentalmente, a través de habilidades de razonamiento; es decir, en una edad como la adolescencia, al presentar una mayor ineficiencia de sus estrategias y habilidades metacognitivas, se entorpece el análisis de las situaciones planteadas.

Durante la etapa del desarrollo es frecuente que los adolescentes se involucren en actos vandálicos, practiquen relaciones sexuales desprotegidas, se inicien en el consumo de drogas o sientan preferencia por actividades deportivas arriesgadas. Estas conductas, según los expertos, se asocian a los cambios fisiológicos y psicológicos (elevada actividad hormonal, maduración sexual, variabilidad en la dinámica intelectual, etc.), los cuales estimulan la inclinación hacia el riesgo.

El carácter del adolescente se fortalece a partir de la formación adquirida durante la infancia. ¿Existen, entonces, buenas y malas decisiones o solo somos una obra que refleja explícitamente el ámbito social?

Refiere la publicación de Broche Pérez y Cruz López que la existencia de una capacidad disminuida en la autorregulación de los adolescentes tiene implicaciones en la identificación de los riesgos, por lo que se convierten en personas vulnerables a los peligros y a la voluntad de otros.

«La situación social de desarrollo en los adolescentes está dada por condiciones externas e internas donde aparecen nuevas formaciones psicológicas, o neuroformaciones, como la autovaloración a partir de la relación con sus coetáneos», explica Anna Hernández García, especialista en Psicología de la Salud, máster en Psicología Médica y profesora asistente de la Universidad de Ciencias Médicas de Villa Clara.

«El vínculo con los homólogos y la búsqueda de aceptación incide en la perspec-

tiva individual de nuestra personalidad, provocando que la inseguridad, la impulsividad y las tendencias grupales marquen la toma de decisiones», afirma la especialista.

La crisis del desarrollo y el conflicto adulto-adolescente también son rasgos que complementan el proceso de construcción de la personalidad.

«Durante la adolescencia, la información del contexto demora en llegar a la corteza prefrontal del sujeto, espacio que no solo tiene que ver con la toma de decisiones, sino que planifica, controla y regula el comportamiento del ser. En la etapa de adultez, muchas veces repetimos los patrones familiares; pero durante el período de formación de la identidad estos cánones no son tomados en cuenta», asegura Hernández García.

Entregar al joven la posibilidad de elegir otorga autoconfianza y motivación. En la búsqueda de la identidad propia resulta imprescindible alcanzar la libertad de expresar quiénes somos. Lo aprendido en el trayecto cambia, moldea al ser del futuro, pero no podemos confundir las ansias del vuelo con la adrenalina del salto al vacío.

El hecho de disfrutar el proceso de aprendizaje marca el inicio del progreso. Hoy día, las fronteras entre la libertad de experimentar y el libertinaje rasgan el autococonocimiento y la adaptación. Todo hombre y mujer, amén de su preferencia sexual, piensa y vive según las decisiones que toma en su trayecto. Hagamos que nuestros deseos sean el inicio de un camino donde solo existan referencias de aquello que queremos ser.

